

**Juan José Morosoli**



**El Cumpleaños**

**textos.info**  
biblioteca digital abierta

---

# **El Cumpleaños**

Juan José Morosoli

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 8556**

---

**Título:** El Cumpleaños

**Autor:** Juan José Morosoli

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 17 de abril de 2025

**Fecha de modificación:** 17 de abril de 2025

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# El Cumpleaños

Arce, el dueño de la fiesta, era un hombre "bárbaro para la plata". Todo el año explotaba a aquellos pobres infelices que le vendían huesos, papeles, botellas y chatarra. Todo el año, menos el día de su cumpleaños. Ese día los convidaba a comer y tomar y se conmovía por cualquier cosa. Una fraternidad y una generosidad sin límites lo desbordaba. Era un día en que se sentía bueno y le tenía lástima a todo el mundo.

Ya habían dado cuenta —él y los miserables proveedores de su negocio— de dos botellas de caña y habían acercado el cordero a las brasas, cuando llegaron con la noticia: Juancito, el hijo de Doña Rosa la lavandera, que vivía del otro lado del cerco de tunas, había muerto.

La noticia los llenó de tristeza. El niño era amigo de todos ellos. Siempre andaba por allí y los días de la celebración del cumpleaños de Arce, solía quedarse largo rato, hasta que éste le regalaba un buen pedazo de asado.

Eran momentos en que algo angélico les ponía discreción en lo que decían, obligándoles a medir las palabras, para no herir la inocencia del niño. Se sentían todos ellos un poco padres de él.

\* \* \*

Un silencio largo les alejó de la fiesta, hasta que el ciego dejó caer estas palabras:

—Mire usted, tantos que estamos de más en el mundo, y muere este angelito...

Arce se paró entonces y dijo:

—Vamos a dejar la fiesta por un rato. Tenemos que acompañar a la madre...

Ordenó después a Luis Pedro que cortara un costillarcito con riñón y todo

y se lo llevara a doña Rosa.

Luis Pedro cortó la carne, desparramó las brasas, levantó el resto del asado que quedaba, lo guardó en el galpón, y luego partieron todos para el velorio.

\* \* \*

Aldama, que según don Pedro Correa "estaba medio borracho desde el año que salió el cometa", trataba de consolar a la madre:

—Si tenía que perder la piernita —un camión se la había quebrado en tres partes— casi lo mejor es que se haya ido —decía—... Moría angelito y un angelito podía nacer otra vez...

La mujer seguía llorando sin oírle, y él, ya empujado por su propio pensamiento, seguía monologando:

—Se va un hombre y uno se da cuenta que se va... Una cosa tan grande como un hombre. Los niños no saben que se van...

Arce lo arrastró hacia un rincón.

—Cállese —le dijo—, está desconsolándola más.

Aldama seguía su cavilación llena de angustia. Cuando él se muriera estaría todo terminado porque no tenía familia... Era una cosa que terminaba terminantemente...

Arce le estaba diciendo a la mujer que había que consolarse. Que ella era muy buena y trabajadora y que había hecho todo lo que había podido.

—Usted porque no tiene hijos, usted no sabe lo que era este niño —contestaba la pobre.

El ciego estaba frente a ella, estirando los brazos, buscando vencer el vacío con las manos para posarlas sobre la mujer.

Fue cuando entró Luis Pedro con la carne.

—Tome —le dijo—, haga el favor...

La mujer lo miró reclamada por la voz nueva, pero no se movió ni hizo un

gesto.

—¡Sacá esa carne para afuera! —ordenó Arce.

El ciego había encontrado destino para sus manos. Tocó la cabeza de la mujer y ella la puso sobre su hombro.

Ahora lloraba despacio y sin gemidos.

En ese momento entraron cinco o seis mujeres y empezaron a llorar a gritos.

Arce abandonó la pieza. Le daba rabia oír llorar así.

\* \* \*

Al rato ya estaban todos de vuelta. Consideraban que ya no los necesitaban allí.

Volvió el cordero al fogón y la botella de caña fue dando vuelta a la rueda.

Arce sentía necesidad de hablar de aquella muerte tan injusta, mientras Aldama le escuchaba con su vigilante crueldad burlona. Le tenía mucha antipatía a Arce porque los explotaba, y porque los convidaba una vez al año con asado y caña, y creía que era bueno. Con fingida inocencia lo estaba acorralando, haciéndole pensar en su propia muerte.

—Mire usted —dice—, qué cosa más misteriosa. Gente llena de recursos, con remedios de siete pesos el frasquito, en una de esas se va...

Arce sorbe un mate, la cabeza baja, mirando la tierra.

—La muerte es cosa interminable... Una cosa que no termina nunca.

—Lo que no se terminan son los vivientes —dice Luis Pedro.

—No se terminan para los demás... Cuando usted se termine, para usted se terminó. Y usted haga de cuenta que con usted termina todo. Todito... ¿No le parece Arce? —preguntó.

La caña parecía aclararle las ideas, en tanto que a Arce se le iban oscureciendo.

—Bueno —dijo éste—, vamos a dejarnos de bobadas. Hay que comer y chupar a discreción, total... Yo pago lo que sea...

Aldama, implacable, terminó:

—A veces los cumpleaños sirven pa contar la vejez... Yo festejo el de los otros... No sé cuándo nací y no festejo nada.

Miró la botella casi vacía. Bebió un trago y dijo:

—A ésta también le queda poca vida...

\* \* \*

Se acercaron a la parrilla chica donde estaban las achuras. Sentados allí el negro Caravia y el ciego sostenían una conversación seria, iniciada hacía buen rato.

—La mortandá de niños tiene que venir —decía el negro—, ¿no ve que si no sería un disparate?

—Callesé Caravia —respondió el ciego—, yo no lo puedo oír hablar así... Ni perro tengo por no llorar muertes... No tengo nada y lloro toda muerte... A ese cordero asado yo lo veo con lanita, saltando, lo más lindo...

—Ustedes —interrumpió Arce— parece que no quieren verme contento... Parece que no han venido a festejar...

—Antes de vernos con cuatro velas es mejor comer y chupar —terció Aldama.

Luis Pedro llena la fuentecita con las achuras y se vuelve al fogón grande seguido de Arce y Aldama.

Tras un silencio, Caravia vuelve a dirigirse al ciego:

—Cosa que no me gusta velorio sin vela ... La electricidad para velorios es una porquería. Los mejores velorios son los de los desgraciados como nosotros, con velas de almacén no más...

El ciego se paró.

—No tengo ganas de fiestas —dijo—. Me voy al velorio.

—Yo lo acompaño —dijo Caravia.

Pasaron frente a los otros. Aldama dijo, dirigiéndose a Arce:

—¡Mire qué fiesta!... Los hombres se van pa el velorio.

Nadie respondió.

Tras un silencio volvió Arce:

—¿Ustedes creen que éstos sufren más que yo? Yo quisiera ser doña Rosa en este momento... Me gustaría llorar alguna cosa ... Lo que pasa es que no puedo...

Luis Pedro es el que responde:

—Hay hombres así... En cambio el ciego dice que él, si no tiene tristeza, no está contento.

—Sí señor —dice Aldama dirigiéndose a Arce—. Usted es un hombre que es usted y nada más ... A usted no le tiene lástima nadie...

Arce volvió a beber caña. Sentía que era un desgraciado porque nadie le tenía lástima y terminó echándole la culpa a los otros, de que él fuera como era.

—Yo les pido de favor que me ocupen... Que me pidan cualquier cosa... Soy un hombre generoso... Ustedes no saben cómo me gustaría ser infeliz como ustedes... ¿Ustedes creen que me acuerdo que esta fiesta la pago yo? ¿Eh?

Tomó otro trago.

—Vamos a dejar la fiesta otra vez —dijo.

Y se dirigió a Luis Pedro:

—Llévate toda la comida pa tu casa... Hacé de cuenta que vos pagaste todo.

Luis Pedro empezó a meter la carne en una bolsa. Arce se había quedado agotado. Daba lástima verlo así, tan abrumado de tristeza.

—¿Y ahora? —preguntó Aldama— ¿qué vamos hacer?

—Usté se va y compra una corona de diez pesos. Le pone una tarjeta y la lleva... Póngale en la tarjeta el nombre de todos... Que no quede nadie... Mi plata es de todos...

Aldama recibió el dinero. Luis Pedro terminó de llenar su bolsa.

—¿Vamos? —dijo.

Los dos partieron. Arce se quedó solo, verdaderamente solo, más allá de la soledad sin gente.

\* \* \*

Entró en el galpón donde todo —hierro, trapos, latas— era viejo, miserable, oscuro y triste y sintió otra vez que estaba solo, dejado por los demás. Más solo que los otros que algunas veces se sentían infelices, pero que siempre tenían a otro infeliz cerca, para apoyarse.

Entonces no pudo más. Cruzó el fondo, salvó el cerco de tunas y entró al velorio con la ilusión de encontrar al ciego y sentarse cerca de él.

## Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.<sup>4</sup> Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.